

Philippe Djian

«*Oh...*»

TRADUCCIÓN DE
REGINA LÓPEZ MUÑOZ

FULGENCIO PIMENTEL
La principal

La ausencia de sangrados de primera línea de párrafo responde a una decisión creativa del autor. (N. del E.).

«Fuera reinaba la oscuridad, la incertidumbre.
Se había alejado la tormenta; sus rumores
llegaban distantes, y eran como un carro
que cruzase un puente».

Eudora Welty, *Un recorte de prensa*
(Trad. de J. M. Álvarez Flórez
y Ángela Pérez)

Me he arañado la mejilla, seguro. Me arde. Me duele la mandíbula. Al caer he tirado un jarrón, recuerdo haberlo oído estallar contra el suelo y me pregunto si no me habré cortado con un trozo de cristal, no lo sé. El sol brilla todavía afuera. Hace bueno. Recupero el aliento poco a poco. Presiento que de aquí a unos minutos voy a tener una migraña terrible.

Hace dos días, mientras regaba el jardín, un mensaje inquietante se me apareció al levantar la vista hacia el cielo. Una nube con una forma muy explícita. Miré a mi alrededor para comprobar si se dirigía a otra persona, pero no vi a nadie. Y no se oía nada, solo a mí regando, ni una palabra, ni un grito, ni un soplo de viento, ni un ruido de motor; y bien sabe Dios que lo normal es que haya un cortacésped o un soplador de hojas en funcionamiento por los alrededores.

En general, soy sensible a las intervenciones del mundo exterior. Puedo encerrarme varios días seguidos, sin poner un pie en la calle, si percibo un presagio inquietante en el vuelo errático de un pájaro —acompañado, a ser posible,

de un canto estridente o un graznido lúgubre— o si un rayo de sol vespertino viene extrañamente a darme en plena cara, atravesando el follaje, o si me inclino para darle unas monedas a un hombre sentado en la acera que de pronto me agarra del brazo y me grita: «Los demonios, las caras de los demonios... pero si amenazo con matarlos ¡¡entonces sí que me hacen caso!!». El hombre eructaba, repetía la frase sin parar con los ojos enloquecidos, sin soltarme, y ese día nada más volver a casa anulé un billete de tren, olvidando al instante el motivo del viaje, sin atribuirle ya el más mínimo interés, porque ni soy candidata al suicidio, ni sorda a las advertencias y a las mentiras y a las señales que recibo.

Con dieciséis años perdí un avión después de una juerga en las fiestas de Bayona, y el avión se estrelló. Me dio mucho que pensar. Decidí que a partir de ese momento tomaría ciertas precauciones con idea de proteger mi vida. Admití que esas cosas existían y dejé que rieran quienes optaron por tomárselo a risa. No sé por qué, pero las señales venidas del cielo siempre me han parecido las más pertinentes, las más imperiosas, y una nube con forma de equis —una variedad lo bastante rara para captar doblemente mi atención— no puede sino incitarme a mantenerme alerta. No sé qué me ha pasado. ¿Cómo he podido relajar la vigilancia? Aunque la culpa sea en parte —¿en gran parte?— de Marty. Qué vergüenza. Ahora mismo estoy furiosa. Furiosa conmigo misma. Tengo una cadena en la puerta. Tengo una cadena en la puerta, joder.

¿Se me ha olvidado echarla, o qué? Me levanto y voy a echarla. Me pellizco el labio inferior con los dientes, me quedo inmóvil un instante. Aparte del jarrón roto no constato ningún desorden. Subo a cambiarme. Vincent viene a cenar con su novia y está todo por hacer.

La chica está embarazada, pero el niño no es de Vincent. Yo de ese tema ya no digo nada. No gano nada. No me quedan fuerzas para pelear con él. Ni fuerzas, ni ganas. Cuando me di cuenta de lo mucho que se parece a su padre creí que me volvía loca. La chica se llama Josie. Está buscando un piso para Vincent y para ella, y para el futuro bebé. Richard fingió sentirse mal cuando comentamos los precios de los alquileres en la capital. Se puso a caminar por la habitación, refunfuñando, como es su costumbre desde hace un tiempo. Veo lo mucho que ha envejecido, lo taciturno que se ha vuelto en estos veinte años.

—Pero... ¿al mes o al año? —preguntó, malcarado.

No estaba seguro de poder conseguir el dinero. Yo, en cambio, se supone que gozo de unos ingresos holgados y regulares.

Naturalmente.

—Fuiste tú el que insistió en tener un hijo —le digo—.

Acuérdate.

Lo dejé porque se había vuelto insoportable, pero últimamente está más insoportable que nunca. Lo animo a que vuelva a fumar o incluso a correr para que evacúe esa amargura caprichosa que lo domina casi permanentemente.

—Perdona pero vete a tomar por culo —me dice—. De todos modos, ahora mismo estoy pelado. Creía que este había encontrado trabajo.

—Pues no sé. Habladlo vosotros dos.

Con él tampoco quiero pelearme más. He pasado más de veinte años de mi vida con este hombre. A veces me pregunto de dónde saqué las fuerzas.

Me preparo un baño. Tengo la mejilla roja, incluso un poco amarillenta, como terracota, y me brota una gotita de sangre de la comisura de los labios. Estoy seriamente despeinada; la pinza que me recogía el pelo ha dejado suelta buena parte de la melena. Echo sales en la bañera. Es una locura porque son ya las cinco de la tarde y casi no conozco a la chica esa, Josie. No sé muy bien qué pensar.

Hay sin embargo una luz increíblemente bonita y suave, incompatible con cualquier impresión de amenaza. Me cuesta horrores creer que me haya pasado una cosa así con este cielo tan azul, con un tiempo tan bueno. El cuarto de baño está inundado de sol, oigo gritos, niños que juegan a lo lejos, el horizonte centellea, los pájaros, las ardillas, etc.

Qué maravilla. El baño hace milagros. Cierro los ojos. Al cabo de un momento no es que finja haberlo borrado todo, pero estoy completamente repuesta. La migraña prevista no llega. Llamo al restaurante y pido sushi. He tenido peores experiencias con hombres que había escogido libremente.

Paso el aspirador después de haber recogido los trozos más grandes del jarrón en el lugar donde me he caído; pensar que unas horas antes estaba ahí tumbada, el corazón acelerado a mil por hora, me incomoda bastante. Y hete aquí que, en el instante en que me dispongo a servirme una copa, recibo un mensaje de Irène, mi madre, que tiene setenta y cinco años y a la que llevo sin ver —y sin saber nada de ella— un mes enterito. Me dice que ha soñado conmigo, que le pedía ayuda, cuando yo no le he pedido nada de nada.

Vincent no parece muy convencido con el cuento que he soltado.

—Pues la bici está en perfecto estado —dice—. Qué curioso.

Lo miro un segundo y me encojo de hombros. Josie está roja como un tomate. Vincent acaba de agarrarla por la muñeca y ahora la obliga a soltar los cacahuetes. Parece que ha engordado ya veinte kilos.

No pegan ni con cola. Richard, que no entiende absolutamente de nada, me aseguró que esa clase de chicas suelen ser una bomba en la cama. ¿Qué es eso de ser «una bomba en la cama»? Ella, mientras tanto, busca un piso de dos dormitorios y cien metros cuadrados, por lo menos, pero en el barrio que le interesa no hay disponible nada de esas características por menos de tres mil euros.

—He echado el currículum en un McDonald's —dice el niño—. Para ir saliendo del paso.

Lo animo a que siga por ese camino, o a buscar algo un poco mejor. ¿Por qué no? Cuesta mucho mantener a una mujer embarazada. «Más vale que lo sepas», le dije nada más enterarme, antes incluso de que me la presentara. «No te he pedido tu opinión», replicó. «Me la suda tu opinión».

Así me trata desde que dejé a su padre. Richard es un trágico de primera. Y Vincent, su mejor público. Conforme nos levantamos de la mesa me escudriña otra vez con aire suspicaz.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué estás así?

No dejo de darle vueltas, naturalmente. No me lo he sacado de la cabeza en toda la cena. Me pregunto si me habrá elegido al azar, si me habrá seguido, si ha sido alguien que conozco. No me interesan sus conversaciones sobre alquileres y sobre el cuarto del bebé, pero admiro lo que están intentando —lo que se proponen—, esa jugada que consiste en hacer que su problema se convierta en mi problema. Lo miro un segundo, tratando de imaginar la cara que pondría si le contara lo que me ha pasado esta tarde. Pero eso ya no forma parte de mis atribuciones. Imaginar las reacciones de mi hijo ya no es algo que esté en mi mano.

—¿Te has peleado?!

—¿Pelearme, Vincent? —suelto un leve resoplido—.

¿Pelearme?!

—¿Te has pegado con alguien?

—Mira... no digas tonterías. No tengo por costumbre *pegarme* con nadie.

Me levanto y me reúno con Josie en el porche. Hace bueno, pero ella se abanica, pese al frescor de la noche; tiene sofocos. Las últimas semanas son las peores. Yo no habría vuelto a quedarme embarazada por nada del mundo. Me habría abierto en canal con tal de poner fin al suplicio. Vincent lo sabe. Jamás he intentado embellecer ese episodio. Siempre quise que lo supiera. Y que no se le olvidara. Mi madre me habló con la misma franqueza y aquí estoy, vivita y coleando.

Contemplamos el cielo, su negrura estrellada. Espío a Josie por el rabillo del ojo. Solo la he visto media docena de veces y no sé gran cosa de ella. No es anti-pática. Conociendo a Vincent, mi hijo, la compadezco, pero tiene algo mineral, una mezcla de terquedad e indiferencia. Considero que se las apañará si se toma la molestia. Percibo que es sólida, que tiene una cara oculta.

—Así que estás para diciembre —le digo—. Ya mismo.

—No le falta razón a Vincent —me suelta—. Está usted muy alterada.

—Para nada. Estoy bien. Vincent me conoce muy poco. Cierro la puerta detrás de ellos. Recorro la planta baja armada con un picador de carne, compruebo puertas y ventanas. Me encierro en el dormitorio. Cuando el alba empieza a invadir el cuarto, todavía no he pegado ojo. La mañana se vuelve azul, resplandeciente. Me acerco

a ver a mi madre. En su salón me cruzo con un joven atlético, ordinario a más no poder.

Me pregunto si mi agresor de la víspera tendrá un aspecto semejante —solo conservo el recuerdo del pasamontañas, con sus dos agujeritos para los ojos, ni siquiera sabría decir si era azul o era rojo—, si se parece en algo a este individuo con aire satisfecho que me guiña un ojo al salir del piso de mi madre.

—¡Mamá, pero cuánto les pagas! ¡Qué tristeza, por favor!... ¿No podrías salir con un intelectual o con un escritor, para variar? ¿Qué necesidad tienes, a tu edad, de un semental?

—Di lo que te dé la gana. Yo no tengo por qué avergonzarme de mi vida sexual. Y tú eres una zorra. Tu padre tiene razón.

—Ya vale. No me hables de él. Está muy bien donde está.

—Pero ¿qué me estás contando, hija mía? Pues claro que no, tu padre no está bien donde está. Se está volviendo loco.

—Ya *está* loco. Pregúntale a su psiquiatra.

Me invita a desayunar. Creo que se ha retocado algo desde la última vez. O solo se ha metido bótox o algo por el estilo; qué más da. Cambió radicalmente de vida desde que su marido —que por desgracia es también mi padre— entró en la cárcel, pese a que en un primer momento hizo lo posible por mantenerse en el buen camino. Una desvergonzada absoluta. Ha gastado dinerales en cirugía estética estos últimos años. A veces, bajo cierta luz, me da miedo.

—Muy bien. ¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? Me has llamado tú, mamá.

Me estudia un momento sin reaccionar.

Se inclina hacia mí y me dice:

—Piénsalo bien antes de contestarme. No respondas lo primero que se te ocurra. Piénsatelo bien. ¿Qué dirías si volviera a casarme? Piénsatelo bien.

—Muy fácil: te mataría. No tengo que pensarme nada. Niega despacio con la cabeza, cruza las piernas, se enciende un cigarro.

—Siempre has deseado una versión aséptica del mundo —me dice—. Lo oscuro, lo anormal, te da miedo desde siempre.

—Te mataría. Mejor te ahorras la monserga. El que avisa no es traidor.

Hasta ahora yo había cerrado los ojos. Es verdad, su apetito sexual siempre me ha sorprendido, y no lo apruebo —mejor dicho: me repugna bastante—, pero decidí mostrarme abierta y libre de prejuicios a ese respecto. Si es su manera de salir adelante, lo acepto, pero no quiero conocer los detalles. Estupendo. Sin embargo, cuando el asunto toma un cariz un poco más serio y nos exponemos a entrar en terreno resbaladizo, como es el caso de esta historia de casamientos, ya lo creo que intervengo. ¿Quién es el feliz afortunado esta vez? ¿A quién ha conocido? ¿Quién es ese tal Ralf —el tipejo tiene nombre— que aparece en el escenario y lo ensombrece?

Ahuyenté a un abogado que aseguraba estar loco por ella informándole de que era portadora del virus, y luego a un director de banco contándole la verdad sobre nuestro pasado —que siempre es un jarro de agua fría—, y eso que ni siquiera le habían pedido matrimonio.

No me veo capaz de tolerar algo tan grotesco. Una mujer de setenta y cinco años. El enlace, las flores, la luna de miel. Parece una de esas viejas actrices espeluznantes, completamente recauchutadas, con los pechos operados —cinco mil euros el par—, los ojos brillantes, agresivamente bronceadas.

—Me gustaría saber quién me va a pagar el alquiler el día de mañana —concluye con un suspiro—. Me gustaría que me lo dijeras.

—Pues yo, claro está. Es lo que he hecho siempre, ¿o no? Sonríe, aunque está visiblemente contrariada.

—Qué egoísmo el tuyo, Michèle. Es terrorífico.

Unto mantequilla en el pan que acaba de saltar de la tostadora. Llevo un mes sin verla y ya tengo ganas de irme.

—Imagínate que te pasa algo —añade. Me dan ganas de contestarle que es un riesgo que hay que correr.

Cubro una tostada de mermelada de frambuesa. En abundancia. Adrede. Es casi imposible no pringarse las manos, y se la ofrezco. Ella duda. Parecen cuajarones de sangre. La mira un instante y me dice:

—Creo que no le queda mucho tiempo, Michèle. Y creo que tienes que saberlo. A tu padre no le queda mucho tiempo.

—Pues adiós muy buenas. Y no tengo nada más que decir.

—No hace falta que seas tan dura, ¿sabes?... No hagas algo de lo que te arrepentirás toda tu vida.

—¿El qué? ¿De qué me voy a arrepentir? ¿Estás chacheando o qué te pasa?

—Ha pagado por lo que hizo. Lleva treinta años en la cárcel. Aquello queda ya muy lejos.

—Pues yo no lo diría. Yo no diría que queda muy lejos.

¿Cómo puedes soltar esas barbaridades? Lejos, dice...

¿A ti te parece que queda muy lejos, eh? Si quieres te presto unos prismáticos... —Se me llenan los ojos de lágrimas, como si acabara de tragarme una cucharada de mostaza fuerte—. No tengo ninguna intención de ir a verlo, mamá. Pero ninguna. No te hagas ilusiones. Para mí lleva muerto mucho tiempo.

Me dedica una mirada cargada de reproche y a continuación se gira hacia la ventana.

—No sé siquiera si me reconoce. Pero me pregunta por ti.

—Sí, ¿eh? ¿Y qué quieres que yo le haga? ¿Qué quieres que te diga? ¿Desde cuando le haces de recadera?

—No esperes más. Es lo único que te digo: no esperes más.

—Mira, yo esa cárcel no pienso pisarla jamás de los jamases. No voy a ir a verlo, punto. Estoy empezando a borrarlo de mi mente y me gustaría que desapareciera del todo, si es posible.

—¿Cómo puedes decir eso? Es horrible que digas esas cosas.

—Por favor, a mí no me vengas con cuentos. Ten compasión. Ese demonio nos arruinó la vida, ¿o no?

—No fue todo tan malo, no todo en él era negro, al contrario. Lo sabes muy bien. Podría inspirarte un poco de compasión.

—¿Compasión? Mamá, mírame bien. No siento ni una pizca de compasión hacia él. Ni por un segundo. Espero que acabe sus días allá donde está, y te aseguro que no voy a ir a verlo. Olvídate.

Mi madre no sabe que lo veo en sueños. Más concretamente, veo solo su silueta, su negrura eléctrica, porque está en penumbra. La cabeza y los hombros se perfilan pero no llego a ver si está de espaldas o de frente, si me mira o no me mira. Parece que esté sentado. No me dirige la palabra. Está esperando. Y cuando me despierto esa imagen, esa sombra, se me queda grabada en la cabeza. No puedo evitar pensar que la agresión que he sufrido podría estar relacionada con lo que hizo mi padre; es lo que nos preguntamos mi madre y yo cada vez que pasamos un mal trago, a resultas de haber vivido la experiencia en otros tiempos, de haber aguantado más escupitajos y golpes de la cuenta por el mero hecho de ser su mujer y su hija. De la noche a la mañana perdimos a todos nuestros conocidos, a todos nuestros vecinos, a todos nuestros amigos. Como si nos hubieran puesto una marca en la frente.

Después de haber vivido las llamadas anónimas, los insultos en plena noche, las cartas obscenas, los cubos de

basura volcados delante de nuestra puerta, las pintadas en las paredes, los empujones en la oficina de correos, las humillaciones en los comercios, los cristales rotos, ya nada me sorprende. Nadie puede prometernos que esas brasas se hayan apagado del todo, que alguien, en algún rincón, no esté rumiando, pergeñando el próximo golpe. ¿Quién podría creer en el azar?

Esa misma noche recibo un mensaje: «Te he notado muy estrecha para la edad que tienes. Pero bueno». Y me caigo de espaldas. Me quedo sin respiración. Lo releo dos o tres veces, y contesto: «¿Quién es usted?», pero no obtengo respuesta.

Paso la mañana y buena parte de la tarde leyendo guiones que se acumulan al pie de mi escritorio. Quizá encuentre alguna pista, me digo, un joven autor rechazado que me guarde un tremendo rencor.

Por el camino he parado en una armería y me he comprado varios esprays de defensa personal a base de pimienta roja para los ojos. El modelo pequeño es muy práctico y da para varios usos. Cuando era joven lo usaba con regularidad. Era extremadamente rápida, no me daba ningún miedo coger el transporte público, tenía mucha agilidad. Había aprendido con los años, esquivaba bien, corría bastante, daba la vuelta a la manzana en menos de dos minutos. Hoy en día ya no. Eso se ha acabado. Pero por suerte ya no tengo motivos para salir corriendo. Podría volver a fumar si quisiera, ¿a quién iba a importarle?